

*En busca de una identidad perdida. Carlo Vidua,
un viajero piamontés del siglo XIX,*
de Luis Alberto de la Garza

Ileana Cid Capetillo*

El libro que comentamos en esta ocasión, escrito por Luis Alberto de la Garza como resultado de un proceso de investigación lleno de pasión y entusiasmo, plantea un conjunto de reflexiones que vale la pena hacer explícitas. En primer término, en la lectura del libro encontramos muchas de las ideas más sólidas que el autor ha sustentado a lo largo de su vida como académico y que se reflejan en su percepción del mundo. Destacan la posesión de una visión histórica que hace más rico su pensamiento que el de sus compañeros sociólogos, la visión sociológica que le da perspectivas más amplias que las que tienen sus compañeros historiadores y, sobre todo, la amenidad con la que narra por escrito y de viva voz los acontecimientos que en el estudio descubre, los argumentos explicativos que desarrolla y las lecciones que de ellos desprende.

Es realmente difícil definir la obra que nos ocupa porque el estudio de un ser individual puede parecer una “biografía”, en el sentido clásico que la literatura histórica le ha dado a esta línea de investigación. Pero en la indagación sobre Carlo Fabrizio Vidua hay mucho más que eso: encontramos la exploración interna del individuo —uno en particular, que se atreve a traspasar los límites de un mundo seguro y confortable para iniciar una búsqueda hacia algo que ni él mismo tiene claro— y, a través de él, la posibilidad de entender los “yo” (el mío propio y el del autor) sumidos en un conglomerado sociohistórico que nos rodea y nos determina en muchos sentidos: la familia, los amigos, la sociedad, la nación, el mundo. Las complejidades psicológicas que nos aquejan y que se traducen en aspiraciones e incluso en acciones cuyo

* Licenciada en Relaciones Internacionales por la UNAM. Cuenta con estudios de Maestría en Relaciones Internacionales por la misma institución y de Doctorado en Relaciones Internacionales, Unión Europea y Globalización por la Universidad Complutense de Madrid, España. Profesora adscrita al Centro de Relaciones Internacionales de la FCPYS-UNAM.

alcance nos puede dar más o menos satisfacciones o que se pueden expresar en una compulsión de "fuga", a veces —como es el caso de nuestro personaje— realizada en el "viaje", el deambular por el mundo y sus distintas y diversas regiones, países, ciudades.

Pero el libro también es la presentación, al mismo tiempo amable y apasionada, de la diversidad que caracterizaba al mundo de la primera mitad del siglo XIX y que se manifestó en una Europa que vivía importantes y trascendentales cambios como producto de las grandes revoluciones (la industrial, la francesa y la napoleónica), que tendrán que redefinirla dándole una nueva conformación, pero que se enfrentaban a la resistencia a aceptarlos y a un conjunto de políticas impositivas que pretendían mantener el orden prevaleciente como si nada estuviera sucediendo. El ánimo de imponer "la Restauración" a partir de las directrices del Congreso de Viena se extendió por todas las casas reinantes europeas y conllevaba la imposición de políticas represivas, persecutorias, que generaron un ambiente asfixiante sobre todo para amplios sectores de la juventud y de las clases pensantes.

Asimismo, encontramos en este estudio la exposición de las condiciones prevalecientes en una Italia que soñaba con la integración nacional y el rechazo y la expulsión del ocupante extranjero, tanto del austriaco como del francés (napoleónico), lo que provocó una serie de acontecimientos por demás complejos y, en ocasiones, contradictorios: la repulsión del invasor se podía traducir en la reafirmación de los valores lingüísticos propios, en la toma de conciencia (como fue el caso de muchos de los amigos de juventud de Carlo Vidua) que los llevó a asumir posiciones revolucionarias o cooperadoras con las fuerzas de ocupación —por necesidad o por conveniencia, voluntaria u obligada—, situaciones tan difíciles de asimilar en el breve tiempo que duraban que condujeron a las divisiones familiares, al distanciamiento por incompreensión de los amigos o, de nuevo, a la "fuga", al "viaje", a la búsqueda de una identidad que fuera normal con uno mismo pero que se buscaba afuera.

Muchas son las imágenes que nos ofrece Carlo Vidua en la narración que hace de sus viajes:

a) la realidad extraña, exótica y compleja del Imperio turco-otomano: las condiciones prevalecientes en Turquía, Egipto y Grecia, esta última en pleno proceso de independencia que le toca vivir a Carlo durante su estancia;

b) el proceso de maduración de la república americana, ya con casi 50 años de independencia, con una sociedad que produce en el ánimo del empedernido viajero sentimientos opuestos: por una parte, admiración por la naciente democracia (aunque las exaltaciones exageradas de muchos de sus pobladores llegan a tal exceso que terminan fastidiándole); reconocimiento de los logros alcanzados por el espíritu industrial de su sociedad que, sin em-

bargo, es fría y carente del entusiasmo que Vidua veía en los europeos, principalmente en los italianos; aprecio por la extensión de la educación que paradójicamente no se traduce en una vida cultural rica; valoración de las ideas libertarias que encuentran su contradicción principal en la existencia de la esclavitud de los negros en las plantaciones; incluso apreciación de la cantidad de recursos alimentarios agrícolas de que dispone, pero que en la mesa se convierten en una comida insulsa, la cual “superó a la inglesa pero para empeorarla”. Dos hechos interesantes que anota Luis Alberto de la Garza nos parecen dignos de ser mencionados: el primero es el de la oportunidad que tuvo Vidua de conocer e intercambiar opiniones con los constructores de la independencia de las Trece Colonias, los primeros presidentes de la joven república, Jefferson, Adams, Madison, excepto Washington, quien para ese momento ya había muerto; y el segundo es que es un precursor de Alexis de Tocqueville, quien llegaría 10 años más tarde y que escribiría *La democracia en América*, libro en el cual da cuenta de las conclusiones a que había llegado Carlo, pero que no trascendieron a causa de que las notas que elaboró desafortunadamente se perdieron;

c) la composición de la joven sociedad canadiense, con un alto porcentaje de origen francés pero con una creciente influencia inglesa;

d) las imágenes de México, hasta entonces con pocos años como país independiente, en medio de cambios tan trascendentales, son brevemente expuestas por Luis Alberto de la Garza, quien nos promete un posterior estudio expresamente dedicado a este tema. Sin embargo, nos deja la impresión de que el proyecto del viaje al continente americano estuvo motivado en gran medida por el deseo de conocer:

los puertos y los arsenales de marina, las partes más salvajes y las menos, las principales instituciones literarias, científicas, religiosas, de beneficencia y especialmente las instituciones políticas, visitar las curiosidades naturales, conocer a los hombres famosos y frecuentar la mejor sociedad.¹

Deseo o aspiración que fue alimentado por los relatos de Alejandro de Humboldt que recién había divulgado en Europa y que habían puesto de moda a la exótica nación en los círculos intelectuales. El ánimo que despiertan esos relatos en Carlo lo impulsan a buscar al maestro viajero a fin de pedirle consejos e incluso recomendaciones para sacar mejor provecho de la experiencia. El propósito de Vidua es continuar su periplo por Sudamérica,

¹ Luis Alberto de la Garza, *En busca de una identidad perdida. Carlo Vidua, un viajero piamontés del siglo XIX*, FCPYS-UNAM/CONACYT, México, 2003, p. 150.

pero noticias acerca del quebrantamiento de la salud de su padre lo obligan a principios de 1827 a regresar a Europa, y

e) nuevamente el retorno al Viejo Continente y el enfrentamiento con la disyuntiva de continuar el viaje o integrarse al modelo de vida que su padre había fabricado para él y el cual rehusó aceptar ofreciendo siempre excusas para retrasar la aceptación fatal (que finalmente nunca se realizó). Ante la oportunidad que se le presenta por el anuncio de la recuperación de la salud de su padre, decide avanzar en el conocimiento del ancho y completo mundo. En Burdeos se embarca hacia el Cabo de Buena Esperanza, de donde viaja a Calcuta, iniciando así su incursión por Asia, en donde confronta el conocimiento del complejo y diverso mundo asiático en el cual se combinan todas las muestras del colonialismo europeo. Entre otros lugares, visita Filipinas y Nueva Guinea. Podemos imaginar los retos de adaptación que le planteó el rico y variado mosaico asiático al incansable viajero, empezando por el idioma:

Durante su recorrido fue el detestado francés el que le sirvió para comunicarse, dado que era la lengua universal durante el siglo XIX; sin embargo, había aprendido el español en su viaje a México, que usó con provecho en las Filipinas y mejoró su inglés adquirido en Estados Unidos en su viaje por Asia, y comenzó lecciones de holandés en las colonias, con objeto de moverse y comprender mejor cada realidad.²

La riqueza del libro de Luis Alberto de la Garza hace muy difícil su reseña: al hacerla nos sentimos compelidos a motivar en el público su lectura y, de esta manera, que comparta con nosotros el disfrute de la narración que nos suscitan tantas y tan ricas reflexiones. Pero, por otra parte, genera una sensación de límites para comunicar el lenguaje, las ideas, el análisis, los datos, el carácter de los personajes, sus historias... en fin, nunca ha sido el objetivo de una reseña el sustituir la lectura del libro.

El desenlace de la historia, lógicamente, se produce con la muerte de Carlo Fabrizio Vidua: "un absurdo incidente le provocó quemaduras en las piernas, a consecuencia de ello y de otras complicaciones de su salud moriría en Amboina en la navidad de 1830".³

El contenido del libro invita a muchas reflexiones. En primer término, no me cabe la menor duda de que el protagonista de esta historia es beneficiario de las facilidades que brinda el impresionante desarrollo de la ciencia y la tecnología que facilitan las comunicaciones, el transporte, el uso de la moneda, el crédito, las finanzas que se presentan en el mundo del siglo XIX. Asimismo, es privilegiado testigo de las impresionantes transformaciones que se están

² *Ibidem*, p. 165.

³ *Ibidem*, p. 166.

produciendo en el mundo, que cierran definitivamente una etapa de la historia, pero que recién empiezan a delinear las características de la nueva: el despertar de las naciones, la crisis que ya se empieza a manifestar en los descompuestos viejos imperios, la incorporación de las naciones americanas al concierto mundial, la conmoción que esto suscita en Europa. Carlo Vidua, que es un metódico estudioso y un ávido e interesado lector, se preocupa por contar con todos los elementos de análisis posible antes de emitir un juicio sobre las realidades que conoce.

Pero es importante detenernos en la motivación que lo mueve a ese conocimiento, porque sus viajes no son simplemente turísticos ni provocados por razones frívolas. Está siempre estimulado por la búsqueda de la identidad, la propia, la de su nación, la del otro. Eso lo conmina a la reflexión, a la observación, a la recopilación de material, de datos, de opiniones de los actores sociales más representativos de su tiempo (y todos le parecen representativos: con el campesino habla de agricultura, con el gobernante de política, con el artista de arte y con el empresario de negocios). Ya señalamos que antes de su viaje a México tenía muy claro lo que quería conocer; en otros casos, él mismo explicaba:

Lejos de faltar... son innumerables los sujetos de las observaciones, agricultura, lenguas, navegación, literatura, arte militar, varias partes de la historia natural, especialmente mineralogía, comercio, diversas ciencias, estado de las costumbres, leyes, diferentes tipos de manufacturas, instituciones humanitarias, de educación, de instrucción.⁴

Y no es ésta la única exposición que hace sobre los temas que le interesan conocer.

Con respecto a la recopilación de material que en sus planes originales le serviría para hacer estudios más completos una vez que retornara al hogar y asumiera una vida estable (proyecto que no pudo realizar), es interesante el relato que hace Luis Alberto de la Garza acerca de la cantidad de libros, folletos, postales y muchos otros materiales en los que invirtió considerables cantidades de su fortuna personal y que desde el lugar del mundo en donde se encontrara enviaba a su país y hoy se guardan en las bibliotecas y los archivos que permitieron la realización del libro que estamos reseñando. Su aprecio por los objetos que son testimonio de la historia se percibe de la manera más clara en el empeño que puso en la adquisición de arte egipcio que soñó, y logró, que se conservara en Turín, por lo que es prácticamente precursor o impulsor de la egiptología en Italia, que tiene en el museo de esa ciudad una colección que ha

⁴ *Ibidem*, p. 171.

crecido y se ha consolidado, pero que –se queja De la Garza– no se le reconoce a Vidua ni siquiera en una placa alusiva que, de alguna forma, por mínima que sea, premie la memoria de los esfuerzos que invirtió.

Cuando, a través de Luis Alberto de la Garza, escuchamos el nombre de este personaje por primera vez, nos preguntamos ¿quién es Carlo Fabrizio Vidua? Él no fue un estadista, ni un científico, ni un literato o pintor o músico; tampoco fue un filósofo o politólogo (por lo menos no en el completo sentido de cada uno, aunque probablemente fue un poco de todo); entonces, ¿qué lo hace digno de un estudio de la naturaleza del que se presenta aquí?, ¿cómo se convierte “Carlo Fabrizio Vidua, el inquieto ‘aristócrata subalpino’, personaje atípico en su país de origen... precursor de la causa de la unidad de Italia y testigo importante de las dificultades de su construcción”⁵ en el centro de la reflexión de De la Garza y de otros tantos estudiosos que se han apasionado con el conocimiento e investigación de su vida? Seguramente son varias las respuestas que se podrían dar aquí, pero cada una de ellas dependerá de las ideas que a cada lector le suscite el libro.

Lo que sí puedo afirmar aquí es que este personaje de la historia tenía conciencia de la posteridad. Sus reflexiones al respecto son dignas de ser consideradas por nosotros:

... yo encuentro un solo refugio para un hombre que no quiere convertirse en borrego; este refugio consiste en ponerse a cada momento delante de los ojos de la posteridad y decirse a sí mismo ¿qué pensará de esta acción, de este escrito, qué pensará de mí el mundo de 1909 o del 2100. Yo me he propuesto tener siempre este pensamiento como guía para salvarme de la corrupción y de las preocupaciones. Observa bien [le dice a un amigo] que es verdad aquello que te escribí y te sorprendió tanto: las virtudes políticas y morales han tomado en mí el lugar de las virtudes cristianas.⁶

No sé si su pregunta refleja una preocupación moral, un sentido de responsabilidad o un asomo de vanidad, pero casi estoy segura de que si conociera el juicio que hace Luis Alberto de la Garza en este estudio pensaría que valió la pena el esfuerzo, la fuga y el viaje en búsqueda de una identidad.

Luis Alberto de la Garza, *En busca de una identidad perdida*.

Carlo Vidua, un viajero piemontés del siglo XIX,
FCPYS-UNAM/CONACYT, México, 2003, 186 pp.

⁵ *Ibidem*, p. 50.

⁶ *Ibidem*, p. 60.